



María Sánchez de Castro Martín, 70 años
Laura Prieto Calvo, 20 años

“Soy una niña de la posguerra”

María tiene los ojos verdes y pequeños, enmarcados por alguna discreta arruga y ocultos de vez en cuando tras unas gafas para leer. Ante ellos ha visto pasar 71 años de cambios sociales, políticos y culturales. Ella es una más de las miles niñas de la posguerra española, testigo mudo de tiempos difíciles pero felices, observados desde la inocencia de una mirada infantil.

En la España de posguerra mucha gente vivía sin agua corriente, calefacción ni luz eléctrica. Eran años de carbón, cántaros, velones y candiles. En los pueblos, como el de María, en Ajofrín (Toledo), las familias no sólo compartían patio sino también corral. Había una auténtica relación vecinal, casi como la de una gran familia, pero también mucho trabajo, muchos hijos que alimentar y poco que llevarse a la boca. Hombres y mujeres trabajaban de sol a sol en el campo. Ellos segando; ellas recolectando alimento para los animales, un trabajo teóricamente más liviano y por el que cobraban menos que sus maridos y hermanos. Los niños se pasaban el día solos, pero apenas tenían tiempo para ir a la escuela. A María y a sus amigas les tocaba ir a buscar agua a la fuente y tratar de ganar algún dinero haciendo cuerdas de esparto para vender en el pueblo. Pero siempre quedaba tiempo para jugar un poco al corro o a los tenderos. Y para recolectar trapos y hacerse con ellos alguna muñeca. “Entonces los niños éramos muy, muy felices aunque no teníamos nada. Yo no envidio a los de ahora”, afirma María.

Por aquel entonces en su casa había ocho bocas que alimentar y sólo su madre podía traer dinero del campo. A su padre lo habían metido en la cárcel “por rojo” cuando ella tenía tres años. Pero entonces a María nadie se lo explicó. Era demasiado pequeña e ingenua para entender todo eso. Su madre, sin embargo, vivió el resto de su vida temerosa de las represalias que pudiera suscitar una opinión política. Ella, que no se metía en esos temas no dejó nunca de repetir a sus hijos que no manifestaran su ideología demasiado alto, sin darse cuenta de que con el tiempo la democracia había cambiado todo eso. Para otras cosas la necesidad la convirtió, no obstante, en una mujer valiente. De ahí que a pesar de la dureza del trabajo decidiera unirse a la cuadrilla de los hombres para poder ganar más dinero. “Mi madre era toda una luchadora”, asegura María con orgullo. Pero ni siquiera eso les salvó de tener que vender sus animales y pasar algo de hambre. María, desde la ingenuidad de una niña, no dudó entonces en robar una gallina que se había escapado de su parte del corral y que era de una vecina. Se la llevó a casa sin ningún remordimiento, diciendo que era suya “porque se la había encontrado” y que, además, su dueña tenía muchas. Y la mató, para que su dueña, cuando fue a su casa a preguntar por ella, no la oyera cacarear. “Mi madre era muy pobre pero muy honrada. Le mintió, pero luego lloraba y todo”, asegura.

Esa escasez hacía entonces que las muchachas jóvenes se fueran a la ciudad, buscando una casa donde servir y vivir medianamente bien. Su familia no fue una excepción. Y cuando su hermana mayor estaba ya asentada en Madrid, se había casado y había dejado de servir, María fue enviada con ella. Tenía entonces once años. Y nunca más ha vuelto al pueblo para quedarse.



La gran ciudad le sorprendió, aunque en esos años muchas cosas seguían funcionando en la capital igual que en provincias y “también en Madrid se pasaba mal”. Muchas casas carecían de agua corriente y tenían todavía estufas de carbón. Durante algún tiempo, su hermana, su cuñado y ella vivieron en una casa compartida con otra familia, al igual que se hacía en los pueblos, al igual que lo hacían en Ajofrín y en otras muchas casa de Madrid. Casi nadie tenía coche y las conexiones con las aldeas eran muy escasas. Tanto que María apenas volvió por aquel entonces a casa de su madre. Ni siquiera a los 13 años pudo ir al entierro de su padre. Le guardó luto en la distancia, vestida de negro casi de los pies a la cabeza, como mandaban los cánones de la época, pero de forma menos estricta de lo que le hubieran exigido en el pueblo. Así, en lugar de pasarse dos o tres años de negro, el estar en Madrid hizo que, a diferencia de lo que hacían las niñas de los pueblos, ella sólo tuviese que vestir así aproximadamente un año.

En todo caso, ni siquiera el carácter inflexible que el luto tenía en esa época impedía a los niños salir a jugar. En la capital algunos de los juegos infantiles eran los mismos que en provincias, pero además la ciudad ofrecía otras posibilidades. Los niños usaban como cromos los dibujos de las cajas de cerillas. Y las niñas jugaban con alfileres de colores, con las cabezas de cristal. “Eran muy bonitos y eran nuestro tesoro”, recuerda María sonriente.

Además todos ellos podían comprar pipas e ir al cine de vez en cuando. Buscaban con ahínco trozos de tela, pedazos de suelas y cachitos de cobre que llevar a los traperos a cambio de algunas monedas con las que ir a ver una película en blanco y negro. Entonces en la capital había cines de diferentes niveles y también distintos tipos de entrada. Su presupuesto no era demasiado alto, así que María y sus amigas iban siempre a cines humildes y al gallinero, pero estaban encantadas. En verano pasaban las noches al aire libre, viendo con sus familias las películas que proyectaba el dueño del bar del barrio, llevándose su silla y su tortilla de casa y comprando el vino allí. En Madrid, María, al igual que otras niñas de provincia, pudo aprender un poco a leer en una pequeña academia a la que la apuntó su cuñado. Y tener unos preciosos zapatos de domingo y un perro fiel, Dan, que la acompañaba a todas partes y la esperaba en la puerta. Esas eran entonces eran las cosas importantes a los ojos de una niña. Las tensiones políticas y sociales quedaban fuera de su vista. La única huella de la guerra que era visible en casa de María era el agujero que atravesaba a su cuñado de lado a lado como consecuencia de su lucha en el frente, en donde además había perdido algunos dedos de una mano. Por aquel entonces, también los periódicos y la cultura eran ajenos a las familias humildes, como la suya. Y la mayoría no tenía dinero para comprar una radio.

En casa de María llegaba para vivir, pero para poco más. Así que cuando su cuñado perdió su trabajo como repartidor de carbón y su hermana se puso a servir, ella, desobedeciendo sus órdenes, se puso también a trabajar y dijo definitivamente adiós a la niñez.

Se despidió, al igual que otras muchas personas de su generación, de una infancia marcada por un entorno político y social muy diferente al actual. Ella no tuvo nunca una bicicleta o una auténtica muñeca, y mucho menos cientos de ellas. Nunca merendó delante del televisor y los dibujos animados. Creció en un ambiente de escasez y de cierta tensión. Pero también jugaba, se reía y era feliz. Fue una niña de la posguerra, pero ante todo una niña.



Lo importante de la vida

María tiene 71 años. Ella dice que siempre ha sido un poco miedosa y algo cobarde. Y que era su hermana melliza la que sacaba la cara por ella si alguien intentaba tirarle el cántaro de agua. Pero lo cierto es que parece que una mujer activa, emprendedora y dispuesta a no quedarse anclada en el pasado. Probablemente heredó esa combinación de su madre, de la que habla con admiración y un brillo especial en los ojos. “Ella era toda una luchadora”, asegura. Una madre trabajadora que, a pesar de la dureza del trabajo, se iba a segar con los hombres para ganar más dinero. Pero que se volvía temerosa si se hablaba demasiado alto de ideas políticas, por miedo a las represalias, a que se volviera a repetir la historia de su marido, al que habían llevado preso por oposición a las ideas franquistas.

María tiene una voz dulce, pero habla con convicción y transmite confianza. Reconoce que le hubiera encantado haber podido estudiar cuando era joven. La vida no le dio esa oportunidad. Pero a pesar de que durante su infancia apenas pudo ir a la escuela y durante mucho tiempo estuvo atada a sus hijos y a la regencia de una pastelería, María decidió hace unos años coger el toro por los cuernos y acabar con esa asignatura pendiente. Pasados ya los sesenta se propuso sacarse el graduado. Y lo consiguió. La educación es para ella uno de los valores fundamentales y uno de los aspectos en los que más se ha mejorado.

Así pues, ella añora el pasado, pero con matices. Recuerda su niñez con cierta nostalgia y parece echar de menos los días en que los vecinos eran casi como de la familia, los padres tenían más tiempo para estar con sus hijos y las familias no tenían que distanciarse. Asegura que la gente antes se quería más antes y ella hace todo lo que puede por conservar esos valores y una familia muy unida. Tiene cinco hijos y varios nietos. Ejerce todo lo que puede de abuela y tiene la casa repleta de fotos de sus seres queridos. Por otro lado, a diferencia de otras mujeres de su generación, María reconoce también que algunas cosas han ido a mejor, y mucho. Apuesta por la igualdad, cree en el derecho de la mujer a trabajar fuera de casa y considera que los electrodomésticos son un gran invento.

En definitiva, María procura no olvidar del pasado y parece tratar de aprender de él. Pero se mueve con los tiempos y se adapta a ellos. Porque anclarse en eso de que “cualquier tiempo pasado fue mejor” no hace sino impedirnos progresar. Y eso no va con ella.